

rando entre sí las cosas, hay y no puede ménos de haber un carácter comun, un principio, por medio del cual se *declara* que una cosa vale más, ménos ó tanto como otra.

Say habia empezado por decir: «La medida del valor es el valor de otro producto.» Habiendo advertido más tarde que esta frase no era más que una tautología, la modificó diciendo: «La medida del valor es la *cantidad* de otro producto;» lo cual no es más inteligible. En otra parte, este escritor, ordinariamente tan lúcido y tan firme, se enreda en varias distinciones: «Cabe *apreciar* el valor de las cosas, no *medirlo*; esto es, *compararlo* con un titulo invariable y conocido, porque no existe. Todo lo que se puede hacer está reducido á *valuar* las cosas comparándolas. Distingue otras veces valores *reales* y valores *relativos*: «Los primeros, dice, son aquellos en que el valor de las cosas cambia con los gastos de produccion; los segundos, aquellos en que el valor de las cosas cambia con relacion al valor de otras mercancías.

Preocupacion singular de un hombre de genio, que no advierte que *comparar*, *valuar*, *apreciar*, es MEDIR; que no siendo toda medida más que una comparacion, indica por lo mismo una relacion verdadera, si la comparacion está bien hecha; que por consecuencia, valor ó medida real, y valor ó medida relativa, son cosas perfectamente idénticas, y la dificultad se reduce toda, no á encontrar un tipo de medida, puesto que todas las cantidades pueden serlo recíprocamente las unas para las otras, sino á determinar el punto de comparacion. En geometría ese punto es la extension; y la unidad de medida, es ya la division del círculo en 360 partes, ya la circunferencia del globo terráqueo, ya la dimension media del brazo, de la mano, del pulgar ó del pié del hombre. En la cien-

cia económica, lo hemos dicho despues de A. Smith, el punto de vista, bajo el que se comparan todos los valores, es el trabajo; en cuanto á la unidad de medida, la adoptada en Francia es el FRANCO. Increible parece que tantos hombres de juicio se rebelen hace cuarenta años contra idea tan palpable. Pero nada: *La comparacion de los valores se efectúa sin que haya entre ellos punto alguno de comparacion, y sin unidad de medida*; esto han resuelto sostener, para con todos y contra todos, los economistas del siglo XIX, ántes que abrazar la teoría revolucionaria de la igualdad. ¿Qué dirá la posteridad?

Voy ahora á demostrar con elocuentes ejemplos, que la idea de medida ó proporcion de los valores, necesaria en teoría, se ha realizado y se realiza todos los dias en la práctica.

§ III.—Aplicacion de la ley de proporcionalidad de los valores.

Todo producto es un signo representativo del trabajo.

Todo producto puede, por consecuencia, ser cambiado por otro, y ahí está la práctica universal que lo acredita.

Suprimase, empero, el trabajo, y no quedan sino cosas más ó ménos útiles, que, no estando revestidas de ningun carácter económico, de ningun signo humano, son inconmensurables entre sí; es decir, lógicamente incapaces de cambio.

El dinero es como cualquiera otra mercancía, un signo representativo del trabajo: por esto ha podido servir de evaluador comun y de intermedio para los tratos. Mas la funcion particular que el uso ha dado á los metales preciosos, de servir de agente para el comercio, es meramente convencional; y cualquiera otra mercancía, ménos cómodamente quiza,

pero de una manera tan auténtica, podría desempeñar el mismo papel: los economistas lo reconocen, y se cita acerca de esto más de un ejemplo. ¿Cuál es, por lo tanto, la razón de esa preferencia generalmente dada á los metales para que sirvan de moneda? ¿Cómo se explica esa especialidad de función del dinero, que no tiene análogo en la economía política? Porque toda cosa única y sin comparación en su especie, es por lo mismo de más difícil inteligencia, y muchas veces del todo ininteligible. ¿Será posible reconstruir la serie de que parece haber sido sacada la moneda, y por consecuencia restituirla á su verdadero principio?

Sobre este punto los economistas, según costumbre, se han salido del terreno de su ciencia, han hablado de física, de mecánica, de historia, etc.; han hablado de todo, pero no han respondido á la cuestión. Los metales preciosos, han dicho, por su escasez, su densidad y su incorruptibilidad, ofrecían para la moneda comodidades que se estaba lejos de encontrar en igual grado en las demás mercancías. Los economistas, en una palabra, en vez de responder á la cuestión de economía que se les había propuesto, se han metido á tratar la cuestión de arte. Han hecho ver perfectamente la conveniencia mecánica del oro y de la plata para servir de moneda; pero ninguno de ellos ha visto ni comprendido la razón económica que ha hecho dar á los metales preciosos el privilegio de que gozan.

Ahora bien, lo que nadie ha observado es que entre todas las mercancías, el oro y la plata son las primeras cuyo valor haya llegado á constituirse. En el período patriarcal, el oro y la plata se cambian aún en pastas, y son objeto de regateo, aunque ya con una tendencia visible á dominar, y con una marcada preferencia. Poco á poco los soberanos se apoderan

de ellos y les imprimen su sello; y de esa soberana consagración nace la moneda, es decir, la mercancía por excelencia, la que á pesar de todas las violentas vicisitudes del comercio, conserva un valor proporcional determinado, y se hace aceptable en toda clase de pagos.

Lo que distingue, en efecto, la moneda, no es la dureza del metal, menor que la del acero, ni su utilidad, muy inferior á la del trigo, el hierro, el carbon de piedra, y otras muchas sustancias, tenidas casi por viles al lado del oro, ni la escasez, ni la densidad, que podrían muy bien ser suplidas, ya por el trabajo que se invirtiese en otras materias, ya por el papel de Banco, como hoy sucede, que representa vastos montones de hierro y cobre. El carácter distintivo del oro y de la plata procede, repito, de que gracias á sus propiedades metálicas, á las dificultades de su producción, y sobre todo á la intervención de la autoridad pública, han adquirido temprano, como mercancías, la fijeza y la autenticidad.

Digo, pues, que el valor del oro y de la plata, especialmente de la parte que entra en la fabricación de las monedas, por más que este valor no esté quizá todavía calculado de una manera rigurosa, no tiene ya nada de arbitrario; y añado que no es tampoco susceptible de menosprecio, á la manera de los demás valores, por más que pueda variar continuamente. Todo el raciocinio y erudición que se han gastado para probar, con el ejemplo del dinero, que el valor es cosa esencialmente indeterminable, son otros tantos paralogismos, que proceden de tener una falsa idea de la cuestión, *ab ignorantia elenchí*.

Felipe I, rey de Francia, pone un tercio de liga en la libra tornesa de Carlomagno, imaginándose que teniendo él solo el monopolio de la fabricación de la moneda, puede hacer lo que todo comerciante que tiene

el monopolio de un producto. ¿Qué venía á ser, en efecto, esa alteracion de la moneda, tan censurada en Felipe y sus sucesores? un raciocinio muy justo bajo el punto de vista de la rutina comercial, pero muy falso en buena ciencia económica, es á saber, que siendo la oferta y la demanda la regla de los valores, cabe, ya produciendo una escasez facticia, ya acaparando la fabricacion de las cosas, hacer subir su estimacion, y por lo tanto su valor, y que esto es tanta verdad tratándose del oro y de la plata, como del trigo, del vino, del aceite y del tabaco. No bien se sospechó, sin embargo, que Felipe habia cometido este fraude, cuando su moneda quedó reducida á su justo valor, y perdió el mismo rey lo que habia creído poder ganar sobre sus súbditos. Tuvieron el mismo resultado todas las tentativas análogas. ¿De dónde procedia su error?

Dependia, segun los economistas, de que con falsear la moneda, no habiendo realmente disminuido ni aumentado la cantidad de oro y de plata, no habia cambiado la proporcion de esos metales con las demás mercancías, y por consecuencia no estaba en poder del soberano hacer que valiese 4 lo que sólo valia 2 en el Estado. Hay hasta que considerar que si, en vez de alterar las monedas, hubiese estado en manos del rey doblar la suma de las mismas, el valor en cambio del oro y de la plata habria bajado al punto de una mitad, siempre por esa misma razon de proporcionalidad y de equilibrio. La alteracion de las monedas era, pues, de parte del rey un empréstito forzoso, ó por mejor decir una bancarrota, una estafa.

Perfectamente. Los economistas explican muy bien, cuando quieren, la teoría de la medida de los valores: basta para esto traerles al capítulo de la moneda. ¿Cómo no ven, pues, que la moneda es la ley escrita del comercio, el tipo del cambio, el primer anillo de

esa larga cadena de creaciones que, bajo el nombre de mercancías, han de recibir todas la sancion social, y llegar á ser, si no de hecho, á lo ménos de derecho, aceptables como la moneda en toda especie de tratos?

«La moneda, dice muy bien el Sr. Augier, no puede servir de escala de apreciacion para los tratos concluidos, ni de buen instrumento de cambio, sino en cuanto su valor se acerca más al ideal de la permanencia; porque nunca cambia ni compra sino el valor que posee.» (*Historia del Crédito público.*)

Convirtamos en fórmula general esta observacion eminentemente juiciosa.

El trabajo no llega á ser una garantía de bienestar y de igualdad, sino en cuanto el producto de cada individuo está en proporcion con la masa; porque nunca cambia ni compra sino un valor igual al que representa.

¿No es verdaderamente de extrañar que se tome abiertamente la defensa del comercio agiotista é infiel, y se ponga al mismo tiempo el grito en el cielo al hablar de un monarca monedero falso que, despues de todo, no hacía más que aplicar al dinero el principio fundamental de la economía política, la inestabilidad arbitraria de los valores? Habia de dar mañana la Hacienda 750 gramos de tabaco por un kilogramo, y los economistas todos habian de gritar que esto era un robo; pero si usando de su privilegio, aumentase mañana la misma Hacienda en 2 francos el precio del kilogramo, lo encontrarían caro, pero nada verían en esto contrario á sus principios. ¡Qué imbroglio el de la economía política!

Hay, pues, en la monetizacion del oro y de la plata algo más de lo que dicen los economistas: hay la consagracion de la ley de proporcionalidad, el primer acto de constitucion de los valores. La humanidad obra en todo por gradaciones infinitas: des-

pues de haber comprendido que hay que sujetar todos los productos del trabajo á una regla de proporcion que los haga todos igualmente permutables, empieza por dar este carácter de permutabilidad absoluta á un producto especial, que llegará á ser para ella el tipo y el patron de todos los demás valores. Así, para elevar á sus hijos á la libertad y á la igualdad, empieza por crear reyes. El pueblo siente de una manera confusa esa marcha providencial, cuando en sus sueños de fortuna y en sus leyendas habla siempre de oro y de reyes; y los filósofos no han hecho más que tributar homenaje á la razon universal, cuando en sus pretendidas homilias morales y en sus utopias socialistas, truenan con igual estrépito contra el oro y la tiranía. ¡*Auri sacra fames!* ¡Maldito oro! exclama ridículamente un comunista. Tanto valdria decir: maldito trigo, malditas viñas, malditos carneros; porque, del mismo modo que el oro y la plata, todo valor comercial ha de llegar á ser exacta y rigurosamente determinado. La obra está empezada hace mucho tiempo: adelanta hoy á ojos vistos.

Pasemos á otras consideraciones.

Es un axioma generalmente admitido por los economistas, que *todo trabajo debe dejar un sobrante*.

Esta proposicion es para mí una verdad universal y absoluta; es el corolario de la ley de proporcionalidad, que podemos considerar como el resúmen de toda la ciencia económica. Pero, perdónenme los economistas, el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante* carece de sentido en su teoría, y no es susceptible de demostracion alguna. Si la oferta y la demanda es la única regla de los valores, ¿cómo se ha de reconocer lo que *sobra* y lo que *basta*? No pudiendo ser matemáticamente determinados, ni el precio de coste, ni el precio de venta, ni el salario, ¿cómo se ha de concebir un sobrante, un bene-

ficio? La rutina comercial nos ha dado de ese beneficio, tanto la palabra como la idea; y de que todos somos políticamente iguales, se ha deducido que todos debemos tener igual derecho á realizar beneficios en nuestra industria personal, en nuestro trabajo. Mas las operaciones del comercio son esencialmente irregulares; y se ha probado sin réplica, que los beneficios del comercio no son más que un tributo arbitrario y forzoso del productor sobre el consumidor, en una palabra, un trasiego, por no usar de mejor término. Advertiríase esto pronto, si fuese posible comparar la cifra total de los déficits de cada año con el importe de los beneficios. En el sentido de la economía política, el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*, no es más que la consagracion del derecho constitucional, que por la revolucion hemos adquirido todos, de robar al prójimo.

Sólo la ley de proporcionalidad de los valores puede explicar este problema. Tomaré la cuestion de algo léjos: es bastante grave para que la trate con la extension que merece.

La mayor parte de los filósofos, como de los filólogos, no ven en la sociedad sino un ente de razon, ó por mejor decir, un nombre abstracto que sirve para designar una coleccion de hombres. Hemos adquirido todos en la infancia, con nuestras primeras lecciones de gramática, la preocupacion de que los nombres colectivos, los de género y especie, no designan realidades. Mucho tendria que decir sobre esta materia; mas no quiero salirme de mi asunto. Para el verdadero economista, la sociedad es un sér viviente, dotado de una inteligencia y de una actividad propias, regido por leyes especiales que sólo la observacion descubre, y cuya existencia se manifiesta, no bajo una forma física, pero sí por el concierto y la íntima solidaridad de todos sus miembros. Así, cuando hace

poco, bajo el emblema de un dios de la fábula, hacíamos la alegoría de la sociedad, nuestro lenguaje no tenía en el fondo nada de metafórico: era aquel el sér social, unidad orgánica y sintética á que acabábamos de dar un nombre. A los ojos de cualquiera que haya reflexionado sobre las leyes del trabajo y del cambio (dejo á un lado toda otra consideracion), la realidad, por poco he dicho la personalidad del hombre colectivo, es tan cierta como la realidad y la personalidad del hombre individual. Toda la diferencia consiste en que éste se presenta á nuestros sentidos bajo el aspecto de un organismo cuyas partes están en cohesion material, circunstancia que no existe en la sociedad. Pero la inteligencia, la espontaneidad, el desarrollo, la vida, todo lo que constituye en más alto grado la realidad del sér, es tan esencial para la sociedad como para el hombre. De aquí procede que el gobierno de las sociedades sea *ciencia*, es decir, estudio de relaciones naturales; y no *arte*, es decir, arbitrariedad, capricho. De aquí nace por fin que toda sociedad decaiga en cuanto pasa á manos de los ideólogos.

El principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*, indemostrable para la economía política, es decir, para la rutina propietaria, es uno de los que más acreditan la realidad de la persona colectiva; porque, como se vá á ver, no es verdadero tratándose de los individuos sino porque dimana de la sociedad, que les confiere así el beneficio de sus propias leyes.

Vengamos á los hechos. Se ha observado que las empresas de ferro-carriles son una fuente de riqueza no tanto para los empresarios como para el Estado. La observacion es justa; falta sólo añadir que es aplicable no sólo á los ferro-carriles, sino tambien á todas las industrias. Pero este fenómeno, que deriva

esencialmente de la ley de proporcionalidad de los valores, y de la absoluta identidad de la produccion y el consumo, es inexplicable con la nocion ordinaria de valor útil y valor en cambio.

El precio medio del trasporte por ruedas de las mercancías es el de 18 céntimos por tonelada y kilómetro, tratándose de mercancías recibidas y entregadas en almacen. Se ha calculado que, á este precio, una empresa ordinaria de ferro-carriles no llegaría á obtener el 10 por 100 de beneficio neto, resultando poco más ó ménos igual al de una empresa de trasportes por ruedas. Pero admitamos que la celeridad del trasporte por carriles sea á la del trasporte por ruedas, hechas todas las comparaciones debidas, como 4 es á 1: como en la sociedad el tiempo es el valor mismo, á igualdad de precios el ferro-carril presentará sobre el trasporte por ruedas una ventaja de 400 por 100. Esta enorme ventaja, sin embargo, realísima para la sociedad, dista de serlo en la misma proporcion para el carruajero, que, al paso que hace gozar á la sociedad de un aumento de valor de 400 por 100, no cobra para sí un 10, como llevamos dicho. Supongamos, en efecto, para hacer la cosa aún más palpable, que el ferro-carril eleva su tarifa á 25 céntimos, quedando la de los trasportes por ruedas á 18: perderá al instante todas sus consignaciones; cargadores, consignatarios, todo el mundo, en fin, volverá á la galera acelerada, y si es necesario, al mismo carromato. Se abandonará la locomotora; se sacrificará una ventaja social de 400 por 100 á una pérdida privada de 33 por 100.

La razon de esto es fácil de comprender: la ventaja que resulta de la celeridad del ferro-carril es toda social, y cada individuo participa de ella sólo en una proporcion mínima (no olvidemos que no se trata aquí sino del trasporte de mercaderías), mientras

que la pérdida afecta directa y personalmente á los consumidores. Un beneficio social de 400 representa para el individuo, si la sociedad está compuesta sólo de un millon de hombres, cuatro diezmilésimas, mientras que una pérdida de 33 por 100 para el consumidor supondría un déficit social de treinta y tres millones. El interés particular y el interés colectivo, tan divergentes al primer golpe de vista, son, pues, perfectamente idénticos y adecuados; y este ejemplo puede ya servir para hacer comprender cómo todos los intereses se concilian en la ciencia económica.

Así pues, para que la sociedad realice el beneficio arriba supuesto, es preciso y de toda necesidad que las tarifas de los ferro-carriles no pasen, ó pasen muy poco, de las de los trasportes por ruedas.

Mas, para que se cumpla esta condicion, en otros términos, para que el ferro-carril sea comercialmente posible, necesario es que la materia transportable abunde lo bastante para cubrir cuando ménos el interés del capital en juego, y los gastos de conservacion de la via. Luego la primera condicion de existencia de un ferro-carril es una numerosa circulacion, lo cual supone una produccion más crecida aún, y abundantes operaciones de cambios.

Pero produccion, circulacion, cambios, no son cosas que se improvisan; ni las diversas formas del trabajo se desarrollan aislada ni independientemente la una de la otra: sus progresos están necesariamente trabados, son solidarios, proporcionales. Puede existir antagonismo entre los industriales: á pesar suyo, la accion social es una, convergente, armónica, en una palabra, personal. Hay, pues, su dia marcado para la creacion de los grandes instrumentos de trabajo; y es el dia en que el consumo general los pueda sostener, esto es, el dia en que—todas esas proposiciones son equivalentes—el trabajo

ambiente pueda alimentar las nuevas máquinas. Anticipar la hora marcada por el progreso del trabajo, sería imitar á ese loco que, para trasladarse de Lyon á Marsella, hizo aparejar un buque de vapor para él solo.

Aclarados estos puntos, nada más fácil que explicar cómo el trabajo ha de dejar para cada productor un sobrante.

Por de pronto, en lo que á la sociedad concierne, saliendo Prometeo del seno de la naturaleza, despierta á la vida en medio de una inercia llena de encantos, que no tardaria, con todo, en ser para él miseria y tortura si no se apresurase á salir de ella por el trabajo. En esta ociosidad virginal, siendo nulo su producto, el bienestar de Prometeo es idéntico al del bruto, y puede ser representado por cero.

Prometeo se pone á trabajar: y desde el primer dia, el primero de la segunda creacion, su producto, es decir, su riqueza, su bienestar, es igual á 10.

El segundo dia, Prometeo divide su trabajo, y su producto llega á ser igual á 100.

El tercer dia, y cada uno de los siguientes, Prometeo inventa máquinas, descubre nuevas utilidades en los cuerpos, nuevas fuerzas en la naturaleza; extiende el campo de su existencia del terreno sensitivo á la esfera de lo moral y de lo inteligible, y, á cada paso que dá en su industria, la cifra de su produccion crece y le indica un aumento de felicidad. Y puesto que al fin para él consumir es producir, es claro que cada dia de consumo no gastando sino el producto de la víspera, deja un sobrante de productos para el dia de mañana.

Pero observemos tambien, observemos sobre todo este hecho capital, que el bienestar del hombre está en razon directa de la intensidad del trabajo y de la multiplicidad de las industrias, de suerte que el au-

mento de la riqueza y del trabajo son correlativos y paralelos.

Decir ahora que cada individuo participa de esas condiciones generales del desarrollo colectivo, sería afirmar una verdad que, á fuerza de evidencia, podría parecer tontería. Consagrémonos más bien á señalar las dos formas generales del consumo en la sociedad.

La sociedad, del mismo modo que el individuo, tiene por de pronto sus artículos de consumo personal, artículos cuya necesidad le hace sentir poco á poco el tiempo, y cuya creacion le ordenan sus misteriosos instintos. Así, en la edad media hubo, para un gran número de ciudades, un momento decisivo en que la construccion de casas consistoriales y de catedrales llegó á ser una pasion violenta, que fué preciso satisfacer á toda costa, por depender de ella la existencia de la comunidad. Seguridad y fuerza, órden público, centralizacion, nacionalidad, patria, independenciam, esto es lo que compone la vida de la sociedad y el conjunto de sus facultades mentales; estos los sentimientos que debian tener su forma de expresion y su símbolo. Tal habia sido en otro tiempo el destino del templo de Jerusalem, verdadero *Palladium* de la nacion judía; tal era en Roma el templo de Júpiter Capitolino. Más tarde, tras el palacio municipal y el templo, órganos por decirlo así de la centralizacion y del progreso, vinieron las demás obras de utilidad pública, puentes, teatros, escuelas, hospitales, caminos, etc.

Siendo los monumentos de utilidad pública de uso esencialmente comun, y por consecuencia gratuitos, la sociedad se reintegra de sus anticipos por las ventajas políticas y morales que resultan de esas grandes obras, y dando una prenda de seguridad al trabajo y un ideal á los espíritus, imprimen un nuevo vuelo á la industria y á las artes.

No sucede empero así con los artículos de consumo doméstico, que son los únicos que entran en la categoría del cambio: no son éstos para producidos sino segun las condiciones de mutualidad que permiten su consumo, es decir, el reembolso inmediato y beneficioso para los productores. Hemos desarrollado suficientemente estas condiciones en la teoría de la proporcionalidad de los valores, que se podría llamar también teoría de la progresiva reduccion del precio de coste.

He demostrado por la teoría y por los hechos el principio de que *todo trabajo debe dejar un sobrante*; pero este principio, tan cierto como una proposicion de aritmética, dista de ser una realidad para todo el mundo. Mientras que por los progresos de la industria colectiva cada dia de trabajo individual dá un producto cada vez mayor, y, mientras que por una consecuencia necesaria el trabajador, con el mismo salario, debería ser cada dia más rico, hay en la sociedad clases que *obtienen un beneficio*, y otras que *van decayendo*; trabajadores de doble, triple y céntuplo salario, y trabajadores con déficit; por todas partes, al fin, gentes que gozan y gentes que sufren, y, por una monstruosa division de las facultades industriales, individuos que consumen y no producen. El reparto del bienestar sigue todos los movimientos del valor, y los reproduce, en miseria y lujo, con energía y con dimensiones espantosas. Pero por todas partes también el progreso de la riqueza, es decir, la proporcionalidad de los valores, es la ley dominante; y cuando los economistas oponen á las quejas del partido social el aumento progresivo de la fortuna pública y las mejoras introducidas en la condicion de las clases más desgraciadas, proclaman sin saberlo una verdad que es la condenacion de sus teorías.

Ruego á los economistas que en el silencio de su

corazon, desprendiéndose de las preocupaciones que tanto les turban, y sin consideracion á los destinos que ocupan ó esperan, ni á los intereses á que sirven, ni á los votos que ambicionan, ni á las distinciones que tanto halagan su vanidad, se pregunten un momento, y digan si hasta hoy se les ha presentado el principio de que todo trabajo debe dejar un sobrante con la cadena de preliminares y de consecuencias que hemos reunido; y si por esas palabras han concebido jamás otra cosa que el derecho de hacer de los valores un agiotaje, violentando con sus torpes manejos la oferta y la demanda; si no es, además, verdad que admiten á la vez, por un lado el progreso de la riqueza y del bienestar, y por consecuencia la medida de los valores; y por otro, la arbitrariedad de los tratos mercantiles y la inconmensurabilidad de los valores, es decir, todo lo que hay de más contradictorio. ¿No es, acaso, en virtud de esa contradiccion que se oye repetir sin cesar en los cursos y en las obras de economía política, la absurda hipótesis de *si se dobla-se el precio de todas las cosas?*..... ¡Como si el precio de todas las cosas no fuese la proporcion de las cosas mismas, y cupiese doblar una proporcion, una relacion, una ley! ¿No es, por fin, en virtud de la rutina propietaria y anormal, defendida por la economía política, que en el comercio, en la industria, en las artes, en el Estado, invocando servicios prestados á la sociedad, tiende cada cual incesantemente á exagerar su importancia, solicita recompensas, subvenciones, grandes sueldos, altos honorarios? ¡Como si la retribucion de todo servicio no estuviese necesariamente determinada por el importe de sus gastos! ¿Por qué los economistas no propagan con todas sus fuerzas esta verdad tan sencilla como luminosa: «el trabajo de cada hombre no puede sino adquirir el valor que encierra, y este valor es proporcional á

los servicios de todos los demás trabajadores,» si, como parecen creer, el trabajo de cada cual debe dejar un sobrante?

Pero aquí se presenta una consideracion final que expondré en pocas palabras.

J. B. Say, el economista que más ha insistido en la absoluta indeterminabilidad del valor, es tambien el que se ha tomado más trabajo para destruir esta proposicion. Él es, si no me engaño, el autor de la fórmula: *Todo producto vale lo que cuesta*; ó, lo que viene á ser lo mismo, *los productos se cambian con productos*. Este aforismo, lleno de consecuencias igualitarias, ha sido despues contradicho por otros economistas: examinemos sucesivamente la afirmativa y la negativa.

Cuando digo: *Todo producto vale los productos que ha costado*, digo que todo producto es una unidad colectiva que, bajo una nueva forma, agrupa cierto número de otros productos, consumidos en cantidades diversas. De donde se sigue que los productos de la industria humana son, los unos con relacion á los otros, *géneros y especies*, y forman una série de lo simple á lo compuesto, segun el número y la proporcion de los elementos, todos equivalentes entre sí, que constituyen cada producto. Poco importa, en cuanto á lo presente, que esta série, así como la equivalencia de sus elementos, venga más ó ménos exactamente expresada en la práctica por el equilibrio de los salarios y de las fortunas: se trata ante todo de la relacion en las cosas, de la ley económica. Porque aquí, como siempre, la idea empieza por engendrar espontáneamente el hecho, y éste, reconocido por el pensamiento que le ha dado el sér, se vá rectificando poco á poco y definiendo conforme á su principio. El comercio, librè y concurrente, no es más que una larga rectificacion que tiene por objeto



hacer resaltar la proporcionalidad de los valores, en tanto que el derecho civil la consagra y la toma por regla de la condicion de las personas. Digo, pues, que el principio de Say: *Todo producto vale lo que cuesta*, indica una série en la produccion humana, análoga á las séries animal y vegetal, en la que se reputan iguales las unidades constitutivas, ó sean los jornales del trabajo. De suerte que la economía política afirma desde un principio, pero por medio de una contradiccion, lo que no han creído posible ni Platon, ni Rousseau, ni ningun publicista antiguo ni moderno, la igualdad de las condiciones y de las fortunas.

Prometeo es sucesivamente labrador, viñero, tahonero, tejedor. Sea cual fuere el oficio que ejerza, como que no trabaja más que para sí mismo, compra lo que consume (sus productos) con una sola y misma moneda (sus productos), cuya unidad métrica es necesariamente un jornal, un dia de trabajo. Es verdad que el trabajo mismo es susceptible de variacion: Prometeo no está siempre igualmente dispuesto: de un momento á otro su ardor, su fecundidad, suben y bajan. Mas, como todo lo que está sujeto á variaciones, el trabajo tiene su término medio, y esto nos autoriza para decir que, en suma, el jornal paga el jornal, ni más ni menos. Es mucha verdad, si se comparan los productos de cierta época de la vida social con los de otra, que el cienmilésimo jornal del género humano no podrá menos de dar un resultado infinitamente superior al del primero; pero aquí llega tambien el caso de decir que no cabe dividir la vida del sér colectivo, como no cabe dividir la del individuo; que si los dias no se parecen los unos á los otros, están por lo ménos indisolublemente unidos; y que en la totalidad de la existencia, les son comunes el placer y el dolor. Si,

pues, el jornal del sastre absorbe diez veces el del tejedor, es como si el tejedor diese diez dias de su vida por un dia de la vida del sastre. Esto es precisamente lo que sucede cuando un labrador paga doce francos á un notario por un documento cuya redaccion cuesta una hora; y esa desigualdad, esa iniquidad en los cambios, es la más poderosa causa de miseria que hayan revelado los socialistas y confiesen los economistas por lo bajo, esperando que les permita una señal del maestro reconocerlo en alta voz.

Todo error en la justicia conmutativa es una inmolacion del trabajador, una transfusion de la sangre de un hombre en el cuerpo de otro hombre..... Mas no se asuste nadie: no intento ni por lo más remoto fulminar una irritante filípica contra la propiedad; lo pienso tanto ménos, cuanto que, segun mis principios, la humanidad no se equivoca nunca; y cuando empezó por constituirse sobre el derecho de propiedad, no hizo más que sentar uno de los principios de su organizacion futura; faltando ya tan sólo, luego de destruida la preponderancia de la propiedad, reducir á la unidad esta famosa antítesis. Conozco todo lo que en favor de la propiedad se nos podria objetar tan bien como cualquiera de mis censores, á quienes pido por todo favor que muestren corazon cuando les falte el apoyo de la dialéctica. ¿Cómo habrian de ser *valederas* riquezas cuyo módulo no es el trabajo? Y si es el trabajo el que crea la riqueza y legitima la propiedad, ¿cómo explicar el consumo del ocioso? ¿Cómo ha de ser leal un sistema de distribucion en que el producto vale, segun las personas, ya más, ya ménos de lo que cuesta?

Las ideas de Say conducian á una ley agraria: así el partido conservador se ha apresurado á protestar contra ellas. « La primera fuente de la riqueza, habia

dicho el Sr. Rossi, es el trabajo. Proclamando este gran principio, la escuela industrial ha hecho evidente no sólo un principio económico, sino también el hecho social que, en manos de un historiador hábil, puede ser la más segura guía para seguir á la especie humana en su marcha y en sus establecimientos sobre la superficie del globo.»

¿Por qué despues de haber consignado en sus obras estas profundas palabras, ha creído luego el Sr. Rossi deberse retractar de ellas en una revista, comprometiéndolo sin ser necesario su dignidad de filósofo y de economista?

«Decís que la riqueza no es más que el resultado del trabajo; afirmáis que en todos los casos el trabajo es la medida del valor, el regulador de los precios; y para salir bien que mal de las objeciones que suscitan por todas partes estas doctrinas, unas incompletas, otras absolutas, os veis de grado ó por fuerza llevados á generalizar la noción del trabajo, y á sustituir á la análisis una síntesis completamente errónea.»

Siento que un hombre de la talla del Sr. Rossi me sugiera tan triste pensamiento; pero leyendo el pasaje que acabo de reproducir, no he podido ménos de decirme: La ciencia y la verdad no son ya nada; lo que hoy se adora es la tienda, la lonja, y despues de ella, el desesperado constitucionalismo que la representa. ¿Con quién piensa, pues, estar hablando el Sr. Rossi? ¿Está por el trabajo, ó por alguna otra cosa? ¿por la análisis, ó por la síntesis? O ¿está por ambas cosas á la vez? Escoja, porque deduciremos una conclusion inevitable contra él.

Si el trabajo es la fuente de toda riqueza, si es la más segura guía para seguir la industria de los establecimientos humanos sobre la haz de la tierra, ¿cómo no ha de ser una ley la igualdad en la distri-

bucion, la igualdad segun la medida del trabajo? Si, por lo contrario, hay riquezas que no proceden del trabajo, ¿cómo constituye un privilegio la posesion de esas riquezas? ¿Qué es lo que legitima el monopolio? Expóngaseme de una vez esa teoría del derecho de consumo improductivo, esa jurisprudencia arbitraria, esa religion de la ociosidad, sagrada prerrogativa de una casta de elegidos!

¿Qué significa ahora esa apelacion á la *análisis* de los falsos juicios de la *síntesis*? Esos términos de metafísica no sirven sino para alucinar á los necios, que ni siquiera imaginan que una misma proposicion puede ser convertida indiferentemente, y segun se quiera, en analítica ó sintética.—*El trabajo es el principio del valor y la fuente de la riqueza*: proposicion analítica, tal como la quiere el Sr. Rossi, puesto que es el resumen de una análisis, en que se demuestra que hay identidad entre la noción primitiva de trabajo y las subsiguientes nociones de producto, valor, capital, riqueza, etc. Vemos, sin embargo, que el Sr. Rossi rechaza la doctrina que resulta de esta análisis.—*El trabajo, el capital y la tierra, son las fuentes de la riqueza*: proposicion sintética, tal precisamente como no la quiere el Sr. Rossi; en efecto, la riqueza está considerada aquí como una noción general, que se presenta bajo tres especies distintas, mas no idénticas. Y con todo, la doctrina así formulada, es la que merece la preferencia del Sr. Rossi. ¿Quiere ahora el Sr. Rossi que convirtamos su teoría del monopolio en analítica, y la nuestra del trabajo en sintética? Puedo darle este gusto... Pero me avergonzaria de seguir con hombre tan grave en frivolidades de este género. El señor Rossi sabe mejor que nadié que la análisis y la síntesis no prueban por sí solas absolutamente nada, y que lo que importa, como decia Bacon, es hacer